

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico, 13, 1-2.44-46): *Tendrá su morada fuera del campamento.*

Salmo (31, 1-2.5.11): *«Tú eres mi refugio, me rodeas de cantos de liberación»*

2ª lectura (1ª Corintios 10, 31- 11, 1): *Hacedlo todo para gloria de Dios.*

Evangelio (Marcos 1, 40-45): *Quiero: queda limpio.*

En el Evangelio se cuentan varias curaciones de lepra hechas por Jesús. Curar a uno de la lepra era entonces semejante a resucitar a un muerto. De hecho, el leproso era un muerto social. La legislación sobre la lepra, en general sobre todas las manchas de la piel, en el Israel antiguo era drásticamente rigurosa por razones de higiene pública. Dado el carácter incurable de la lepra, el leproso estaba condenado a muerte y era ya de hecho un muerto para la vida social. Por ley tenía que vivir segregado de la comunidad, carente de todo, obligado a mendigar el pan a distancia para prevenir el contagio, y acercarse luego al camino para recoger la limosna del compasivo transeúnte.

No hay semejanza entre los leprosos de entonces con los “leprosos” de hoy: contagiosos, hepáticos, inmigrantes, alcohólicos o seropositivos. La única posible comparación debe establecerse a nivel de sufrimiento moral con los que saben por experiencia lo que significa sentirse solo, verse excluido, considerado, esquivado, sin derecho a voz en la vida comunitaria, ser en definitiva un “paria” en la sociedad, como lo siguen siendo las mujeres en algunas “culturas” de ciertos países.

La primera lectura transmite lo que el Código Ritual, desarrollando la Ley mosaica, mandaba realizar cuando un miembro de la Comunidad de la Alianza contraía la lepra: se le debía declarar “impuro” y se le obligaba a vivir en soledad, fuera de la ciudad, lejos de todo contacto humano, para evitar cualquier contagio. El texto de Marcos habla asépticamente de la curación de un leproso sin mencionar el nombre, lugar o tiempo. No se dice dónde, ni cuándo, ni quien era ese leproso.

Puede, por lo tanto, situarse la escena en cualquier sitio, en cualquier tiempo y aplicarse a cualquier persona. Puede suceder aquí, ahora, y el leproso puede ser yo. El leproso parece por tanto un prototipo, un representante de todo necesitado que pide ayuda con confianza a Dios. Se acerca a Jesús y se postra en gesto de adoración según la costumbre judía, pide con humildad la curación y sabe que lo que pide es posible. Su curación es como la resurrección de un muerto. El leproso queda curado. Un hombre nuevo ha nacido y puede reintegrarse en la sociedad.

El gesto de Jesús tiene su encanto: al tocar al leproso, Él, automáticamente quedaba también impuro ante la Ley. Pero con ese gesto coloca a la persona por encima de la Ley; y tocándolo empieza a experimentar su dignidad que será completa cuando se presente al sacerdote, según mandó Moisés. No es infrecuente entre creyentes pensar que son más importantes las acciones que transforman las estructuras sociales. Pero, no nos damos cuenta de que lo esencial, en tiempos de Jesús y ahora, es el contacto humano.

Es extraño tropezarnos hoy con algún enfermo de lepra. Pero siguen existiendo comportamientos similares a los que se realizaban con los enfermos de lepra en tiempos de Jesús. Cada persona que es excluida sea por su aspecto, por su manera de comportarse o por su “pinta” sufre la misma discriminación que un leproso: el dolor de no ser tenido como persona, la pérdida de su dignidad, el aislamiento social... El rechazo de personas marginadas, de personas con rarezas, o, sencillamente, por su situación social, es una circunstancia que todavía se manifiesta en algunos lugares. La cercanía humana sigue siendo el inicio de toda liberación.

Desde hace mucho tiempo hay en el mundo empeñada una lucha contra toda clase de enfermedad. Un ejemplo lo tenemos en la increíble rapidez con que los científicos han trabajado y descubierto vacunas contra la pandemia que nos afecta. Muchas enfermedades, tradicionalmente incurables, hoy se curan. Todas, o casi todas, menos una: el hambre. El mundo, aumenta en bocas, pero no mejora el reparto del pan. «*Manos Unidas*» es una organización de la Iglesia, que trabaja contra el hambre y organiza cada año una especial campaña en la que recuerda a todas las víctimas de esta enfermedad endémica no superada. Dios no quiere la enfermedad ni el dolor. Dios no quiere tampoco el hambre.

La pandemia que padecemos, ha ocasionado una crisis económica tan grande que, si antes el hambre estaba lejos, ahora está a la puerta de nuestras casas. En el mundo del bienestar que disfrutábamos, aparecen, cada vez, más pobres. Son indudablemente muchos los hombres y mujeres que han perdido su trabajo y sin ese medio de subsistencia, se ven obligados a solicitar ayuda en nuestras Cáritas parroquiales.

En la oración del Padrenuestro pedimos nos dé el pan de cada día, pero, no olvidemos, comenzamos la oración llamándole “Padre nuestro no mío”, no solo pedimos el pan de cada día para mí, sino para todos porque, todos “somos hermanos”. También pedimos que se cumpla en la tierra la voluntad de Dios como se cumple en el cielo. La voluntad de Dios es que desaparezca de la tierra el dolor, las enfermedades, todo lo que ensombrece la vida y hace infelices a los hombres, hijos suyos. Porque Dios quiere la desaparición del mal en todo el mundo y para todos los hombres.